

*
* *

Yo no comprendía, sin embargo, cómo podían las gentes aburrirse á bordo: aun más, me regocijaba la presencia de los aburridos, por la misma razón que se goza con más intensidad del sentimiento de la salud, rodeado de gentes que sufren el mareo. Y aquel día no podía faltarme el espectáculo: entre la una y las cuatro especialmente, que es la hora más terrible, comencé á ver caras difíciles.—Este se descompone por momentos, y será preciso barrerlo de sobre cubierta.—No era el fastidio que Leopardi llama «el más grande de los sentimientos humanos», sino una imbecilidad que daba compasión, la cual se manifestaba en una pesadez general en los párpados, en las mejillas, en los labios, como si las caras fuesen de carne cocida. Entre los más martirizados, me encontré al genovés, que estaba asomado á la claraboya de la máquina, y en cuya fisonomía no se veía ni el más leve reflejo de su moribunda inteligencia.

—¿Qué hace aquí?—le pregunté;—¿cómo no está usted en la cocina?—Acababa de salir entonces: ninguna novedad. Los macarrones para mañana.... quizá; pero no estaba seguro. Y

me explicó por qué se había quedado allí mirando largo tiempo el movimiento monótono de la varilla de un émbolo: una teoría sobre el aburrimiento completamente original suya.

—He observado—decía—que el aburrimiento se deriva de no poder menos de pensar en cosas desagradables. Por consiguiente, para dominarlo, no hay mas remedio que no pensar, como hacen las bestias. Ahora bien, yo me coloco aquí, inmóvil, mirando el ir y venir de este émbolo. Poco á poco, en menos de veinte minutos, me pongo en un estado de completa estupidez, y no me aburro más. No hay remedio.

No pude contener la risa; él, sin embargo, permaneció grave, y volvió á mirar al émbolo con el ojo dilatado y fijo de un muerto. Iba á decirle que para espantar el aburrimiento hubiera sido mejor bajar á ver la máquina, pero pareciéndome que se hallaba ya casi en el estado apetecido, me abstuve, y bajé solo.

*
* *

Todos los días, al pasar por allí me había venido á las mientes una observación: quizá de los mil setecientos pasajeros del *Galileo* no

había diez en situación de decir qué era la máquina, ni siquiera sentían curiosidad por saberlo. Así que, de este y otros cien prodigios mecánicos del ingenio humano, con los cuales nos vanagloriamos, somos muy poco menos ignorantes que los salvajes, á quienes despreciamos porque los ignoran. Y, sin embargo, no solamente para el ignorante que no puede formar otra idea que la de una caldera gigantesca y un laberinto misterioso de ruedas, sino también para el que adquirió algunas nociones en los libros, es un placer nuevo y grande cuando por vez primera se decide á vestirse la blusa azul del maquinista y bajar á aquel infierno tenebroso y sonoro, del que jamás había visto otra cosa que el humo que se disipa en el aire.

Cuando se llega al fondo y se levanta la cabeza para mirar hacia arriba, por donde sólo entra una penumbra de la luz del día, parece que se ha descendido desde un tejado á los ciementos de un alto edificio; en presencia de todas aquellas escalerillas de hierro empinadísimas que se alzan una sobre otra, de aquellos grilletes horizontales que giran sobre nuestras cabezas, de aquella variedad de cilindros, de tubos colosales y de combinaciones de todas clases, agitados por una vida furiosa y formando todos como un monstruo espantoso de metal que ocupa con sus miembros visibles y ocultos

casí una tercera parte del vapor, se queda uno extático contemplando aquella maravilla, humillado de no comprender, de sentirse tan pequeños y débiles ante aquel prodigio de fuerza. Crece aun más la admiración cuando se penetra en el volcán que da vida á todo ello, entre aquellas seis desmesuradas calderas de acero, separadas por cuatro calles que se cruzan, semejantes á barrio cerrado y lleno de fuego, donde muchos hombres negros y medio desnudos, con caras y ojos encendidos, y tomando á cada momento tragos de agua, trabajan sin descanso en alimentar treinta y seis bocas enrojecidas, que en veinticuatro horas devoran cien toneladas de carbón, el soplo de seis colosales trombas de viento que rugen como gargantas de león.

Parece que se vuelve á la vida cuando al salir de allí, chorreando sudor, nos encontramos en el departamento de la máquina donde poco antes, sin embargo, nos parecía estar como sepultados.

Y, á pesar de todo, la impresión dura largo rato en nuestra fantasía. Es inútil que el maquinista se empeñe en explicarlo todo. Aquel movimiento vertiginoso de émbolos, de balancines y de turbinas, que los engrasadores sortean con una paciencia de abandono que estremece; aquel ruido ensordecedor que producen

juntamente el estrépito metálico de las manivelas, los silbidos de las válvulas atmosféricas, el sordo rumor de las bombas de aire y los golpes secos de las excéntricas; aquel ir y venir de espectros con luces en la mano, que suben y bajan por las escaleras, aparecen en las tinieblas, reaparecen por encima y por debajo, haciendo brillar por todas partes acero, hierro, cobre, bronce, é iluminando al pasar formas extrañas, movimientos incomprensibles, pasos y profundidades desconocidas, todo esto nos confunde en la cabeza las pocas ideas precisas con que contábamos al bajar.

Nos sentimos con mayor confianza ante la poderosa grandeza de los mecanismos; pero poco á poco va cediendo este sentimiento al ver con cuánta minuciosidad los cuidan y los vigilan los maquinistas, y con qué atención tan inquieta están oyendo si en aquel concierto uniforme de sonidos desentona la nota más tenue, y si entre los olores habituales se advierte algo que se parezca á quemado; y cómo corren á tocar las distintas piezas si la temperatura de los metales supera el grado ya conocido, á ver si por algún sitio aparece un indicio de humo sospechoso, á mantener constantemente la lluvia de aceite que cincuenta lubricadores destilan continuamente á todas las articulaciones del tremendo cuerpo. Porque aquel cuerpo terrible,

que afronta y vence las tempestades del Océano, es delicado como un organismo humano, y el desorden más pequeño del más diminuto de sus miembros lo perturba todo, y exige remedio inmediato. A un cuerpo vivo semeja en efecto, sediento como los hombres que le alimentan, por el fuego que arde en sus entrañas, y forzado á engullir sin tregua un torrente de agua del mar, que él le devuelve en fuentes humeantes; y toda aquella complejidad de mecanismos es como un torso titánico, cuyos esfuerzos convergen en el impulso formidable de larguísimo brazo de hierro que hace girar el gran tornillo de bronce que hiende las ondas y lo mueve todo.

Se mira, y vienen á nuestra mente las antiguas liburnias, parecidas á los más recientes jabeques, con sus tres pares de ruedas de paletas, movidas por bueyes, ; y se imagina uno con orgullo el estupor que sentiría un antiguo y el grito de asombro que lanzaría su pecho!

No podría, sin embargo, calcular nunca el esfuerzo que aquella maravilla ha costado á sus semejantes: un siglo de tentativas infructuosas, otro siglo de transformaciones continuas, una legión de grandes ingenios que gastó su vida entera para obtener un perfeccionamiento, que otro posterior hizo caer en el olvido; y además de esto, el martirio de Papin, el suici-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
 CATILLA ALFONSO
 H. A. N. L.

dio de John Fitch, el marqués de Jouffroy reducido á la miseria, Fulton insultado, Sauvage enloquecido: largo séquito interminable de injusticias y de miserables luchas, que hacen dudar, leyendo la historia de los grandes inventos, si basta el ejemplo del genio y de la constancia heroica de quien llevó á cabo aquellos, para consolar la conciencia humana de la ignorancia obstinada, del feroz interés, de la envidia infame que los ha combatido, y que, á haber podido, les hubiese muerto.

Todo esto dice con sus cien voces ásperas y afanosas aquel admirable coloso, quizá destinado á parecer también á nuestros lejanos nietos, tosco y débil aparato de principiantes.

*
* *

Al subir encontré en la meseta de la escalera al cura grande, que indicándome con la mano la máquina, me puso estirado el índice de la otra delante de la cara como un cero. No comprendí. Quiso decirme que la máquina del *Galileo* había costado un millón.

Le dí gracias, separando el dedo, y me encontré sobre cubierta en el momento oportuno

para ver por vez primera á mi comisario en el ejercicio de sus funciones de juez y en una *causa* curiosísima. Entraba en aquel punto en su oficina la gruesa buñolera de proa, con cara de leona herida, y con su inseparable bolsón colgado. Como la puerta no estaba tapada mas que por una delgada cortina verde, se oían algunas palabras. ¡Pobre comisario! Pronto pude formarme idea de la santísima paciencia que necesitaba poner en ejercicio en semejantes sesiones. La querellante comenzó con voz instigada por la ira, llena de soberbia y de amenazas.

Sólo comprendí que se trataba de una queja por supuesta injuria, y que ésta versaba sobre una suposición que había hecho un pasajero acerca del contenido de su bolsa misteriosa. Refería el hecho, pedía el castigo del culpable é intimaba al comisario á cumplir con su deber. Este la llamó al respeto de su cargo y le recomendó calma, prometiendo que pediría informes. Con estas palabras, su voz se suavizó algo, y me pareció oír que comenzaba á hacer un relato, con entonación sentimental, que paulatinamente fué elevándose hasta llegar á lo dramático. Sí, era su autobiografía, una de tantas: una familia distinguida; un pariente periodista, que á todos les había puesto á raya; la madre, el padre, una buena educación, y luego desgra-

cias, la injusticia de la suerte, una vida intachable.... De pronto, la crisis inevitable: un mar de lágrimas. Entonces oí que el comisario la consolaba.

Entretanto se había ido formando alrededor de la puerta un grupo de hombres y mujeres de la tercera clase, entre los cuales se destacaba una cara bufa de campesino, á quien le faltaba la punta de la nariz, y que debía ser el reo, por lo que se disculpaba.

—Al fin y al cabo... yo no he dicho que estuviese seguro; yo... no he hecho mas que suponer....

Era el reo. En efecto, al asomarse á la puerta el comisario, dijo:

—Soy yo,—y entró.

* * *

Instantáneamente oyóse una erupción de improperios boloñeses, que echaron á rodar la *familia distinguida*.

—¡Villano!—¡Sin educación! Poca vergüenza! etc., etc.

Oyéronse primero las tres voces juntas, y luego solo la del culpable. ¡Diantre! La causa del litigio era en efecto el contenido hipotético

de aquella famosa bolsa, sobre la cual hacía nueve días que todos los graciosos de proa se volvían el juicio, haciendo las más extravagantes conjeturas del mundo. Pero la palabra criminosa no llegó á nuestro oído. Se oyó, sí, que el comisario reprendía al campesino, amenazándole con los grillos y la cadena; que éste se disculpaba, y la buñolera refunfuñaba todavía; después de lo cual el uno salió con la cabeza baja, y la otra con la frente alta; y yo, levantando la cortina verde, ví al juez tendido en el diván con las manos en las caderas, sofocado por un acceso de risa y por el esfuerzo que había hecho para contenerla.

¿Cuál era, pues, la suposición? Qué debía contener aquella bendita bolsa... ¡Oh! ¡Imposible adivinarlo! Una de las más bufonescas extravagancias que puedan pasar por la cabeza de un burlón impenitente; una ocurrencia que hubiera provocado la risa al más austero moralista, y á quien el autor de las *Baruffe chiozzotte*, salvando el respeto, podría haber puesto su nombre. También tuve yo que pedir auxilio al diván. Pero, hube de levantarme en seguida porque entraba otra mujer á quejarse de una voz que habían echado á volar, en perjuicio suyo.

—¡Pobre comisario!—le dije al salir;—la jornada comenzó mal, pero amenaza concluir peor.

—¡Eh, esto no es nada!—respondió con su dulce resignación. Y echando una ojeada al termómetro:—Ya verá— repuso—cuando estemos á treinta y seis grados.

Y rehaciendo la cara de juez, se volvió á la recién llegada.

*
**

También el calor había trastornado las cosas en la popa, como pude ver muy bien de noche. En verdad era para sentir compasión. Entre aquellos cuatro gatos, que diez días antes no se conocían, que al cabo de otros diez se separarían para siempre, y que parecía que debían pensar todos á una en las personas queridas y en los intereses que habían dejado en Europa ó que les esperaban en América, allí, sobre aquellas cuatro tablas suspendidas en el abismo, se había ya urdido una intrincada trama de antipatía y enemistades: piques nacionales entre el chileno y los argentinos, entre el peruano y el chileno, entre italianos y franceses; piques también entre los italianos de distintas provincias; celos miserables de ambición entre las señoras; una sentina de bajas y vergonzosas pasioncillas, que se manifestaban en atravesadas

miradas y en ostentaciones recíprocas de desdén ó de aversión.

La mitad de los viajeros hubiera metido los dedos por los ojos á la otra mitad. Y no cuento las porquerías. Y esto lo mismo entre los de tercera que entre los de primera clase. En verdad que si el *Galileo* se hubiera ido de pronto á fondo, no habría ahogado una gran carga de nobles sentimientos. Las dos solas personas que, á juzgar por lo que se veía, habrían merecido sobrenadar, eran la señorita de Mestre y el garibaldino, que también aquella noche estaban sentados juntos hablando. Las relaciones, me dijo el agente de cambio, nacieron de que él había sido compañero de armas de un hermano de la muchacha, herido en Bezzecca, y muerto en un hospital de Brescia. Ciertamente, él tenía que vivir con el pensamiento por cima de las miserias, de las pasiones de los demás, pues que su cara expresaba un olvido tan completo de sí mismo, de la vida, de la gente, un desprecio tan alto y frío de toda bajeza, que nadie se aproximaba á él, como si todos hubiesen olido un enemigo instintivo.

Ella estaba hablando; él escuchaba respetuoso, pero impasible.

Y me impresionó vivamente por todo aquel día el modo cómo se separaron ya muy tarde: veo todavía, ante aquella blanca aparición, ante

aquel semblante de muerte sobre el cual no brillaba mas que la esperanza en otra vida, levantarse é inclinar la cabeza aquel bello y desdenoso coloso, marcado con el sello distintivo del suicidio.



VIII

EL OCÉANO AMARILLO

LEGANDO á este punto, me encuentro sobre la cubierta de la carta de Berghaus, en la cual todos los días apuntaba algún recuerdo, las palabras: «11° día; golpe apoplético espiritual.» Y me viene á las mientes un hecho psicológico singular, que experimenté aquel día, y que temprano ó tarde, en una larga travesía, ocurre á todos, creo, una vez pasada ya la novedad primera de la vida á bordo. Una hermosa mañana, al subir por primera vez sobre cubierta, cae sobre vuestra alma un aburrimiento inesperado, como una maza descargada sobre la nuca: una palidez repentina en todo, un disgusto inexplicable de aquella vida y de aquel espectáculo, el sentimiento de ahogo de quien,